



Capítulo 1

—IRÉ CONTIGO A LA BODA.

Nunca (ni en mis sueños más descabellados, y eso que tengo mucha imaginación) pensé que escucharía esas palabras en ese tono firme y ronco.

Bajé la mirada hacia mi café y entrecerré los ojos, intentando detectar indicios de alguna sustancia alucinógena en el aire. Al menos, eso hubiera explicado lo que acababa de pasar. Pero no.

Nada. Solo lo que quedaba de mi café americano.

—Si tan desesperada estás, yo te acompañaré. —De nuevo esa voz.

Levanté la cabeza, con unos ojos como platos. Abrí la boca y volví a cerrarla de golpe.

—Rosie... —logré decir. Las palabras salieron como un susurro—. ¿Está aquí de verdad? ¿Puedes verlo o estoy flipando?

Rosie (mi mejor amiga y compañera de trabajo en InTech, la consultora en ingeniería de Nueva York en la que nos conocimos y donde seguimos trabajando a día de hoy) asintió despacio con la



cabeza. Vi como sus rizos castaños rebotaban con el movimiento y una expresión de desconcierto se apoderaba de sus facciones, en general, bastante relajadas.

—Nop. Está aquí —dijo en voz baja mientras estiraba el cuello para espiar lo que sucedía a mi espalda—. Hola. ¡Buenos días! —saludó, simpática, y volvió a mirarme—. Justo detrás de ti.

Con los labios separados, miré fijamente a mi amiga. Estábamos al final del pasillo del undécimo piso de las oficinas de InTech. Nuestros escritorios quedan bastante cerca, así que, en cuanto entré al edificio (situado en el corazón de Manhattan, delante de Central Park) fui directamente hacia ella.

Mi plan consistía en echarnos un rato en los sillones de madera que habían puesto en recepción para que se sentaran los clientes mientras esperaban y que solían estar vacíos a esta hora de la mañana. Pero no lo conseguimos. Dejé caer la bomba antes de que pudiéramos sentarnos. Necesitaba los consejos de Rosie con urgencia. Y entonces... él se materializó de la nada.

—¿Tengo que repetirlo una tercera vez? —Su pregunta provocó una nueva ola de desconfianza y me congeló la sangre.

No me creía lo que estaba pasando, lo que estaba diciendo no tenía ningún sentido. No en nuestro mundo. En el que...

—De acuerdo, bien —suspiró—. Puedo acompañarte. —Hizo una pausa que volvió a llenarme de una aprensión heladora—. A la boda de tu hermana.

Puse la espalda recta, con los hombros rígidos. Sentí como la blusa de satén que llevaba por dentro de los pantalones beige se estiraba con el movimiento.

«¿Se está autoinvitando a la boda de mi hermana? ¿Cómo mi acompañante? ¿Por qué?»

Pestañeé mientras sus palabras retumbaban en mi cabeza.

Algo se liberó en mi interior. La situación absurda y la broma perversa que este hombre, en el que sabía que no podía confiar, se traía entre manos hicieron que un bufido me trepara por la garganta, fuerte y claro, como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Sentí un gruñido a mis espaldas.

—¿Qué es tan gracioso? —Su voz parecía más fría—. Lo digo en serio.

Volví a reprimir la carcajada. No lo creí. Ni por un segundo.

—Las posibilidades de que esté hablando en serio —le dije a Rosie—, son equiparables a que Chris Evans salga de la nada y me confiese que lleva toda la vida enamorado de mí. —Hice una mueca mirando a ambos lados—. Ninguna. Así que, Rosie, me estabas contando algo acerca de... el señor Frenkel, ¿no?

El señor Frenkel no existía.

—Lina —dijo Rosie con una sonrisa falsa, mostrando todos los dientes, la que sabía que usaba cuando no quería ser maleducada—. Creo que sí habla en serio —dijo, sin relajar la sonrisa de loca e inspeccionando al hombre de pie a mi espalda.

—Nop. No puede ser. —Sacudí la cabeza, me resistía a darme la vuelta y ver que existía una mínima posibilidad de que mi amiga tuviera razón.

No podía ser. Era imposible que Aaron Blackford, con quien peor me llevaba en la oficina, propusiera algo así. De. Ninguna. Manera.

Un suspiro impaciente me llegó desde atrás.

—Estamos entrando en un círculo vicioso, Catalina. —Una pausa larga. Otro suspiro, más fuerte y mucho más largo. Pero no me di la vuelta. Me mantuve firme—. Por mucho que me ignores, no voy a desaparecer. Lo sabes bien.



Lo sabía.

—Pero eso no significa que no pueda seguir intentándolo —murmuré.

Rosie me fulminó con mirada y volvió a espiar a mis espaldas, sin que le flanqueara la sonrisa.

—Lo siento, Aaron. No te estamos ignorando. —Su sonrisa seguía tensa—. Estamos... debatiendo.

—Sí que lo estamos ignorando. No tienes que preocuparte por sus sentimientos. No tiene.

—Gracias, Rosie —le dijo Aaron a mi amiga con un tono menos frío. ¿Estaba siendo amable? No creía que fuera una definición que entrase en su diccionario personal. Eso sí, siempre había sido menos... severo con Rosie. Obviamente, no era mi caso—. ¿Podrías decirle a Catalina que se dé la vuelta? Me gustaría hablarle a la cara y no a la nuca. —Su tono descendió a temperaturas bajo cero—. Eso, claro, si no se trata de uno de esos chistes que nunca entiendo y que tampoco me hacen gracia.

El calor me subió por el cuerpo hasta la cara.

—Claro —respondió Rosie—. Creo... Creo que puedo hacerlo. —Movi6 la mirada desde ese punto a mis espaldas hacia mi cara y levant6 las cejas—. Lina... a Aaron le gustarí a que te dieras la vuelta, siempre y cuando este no sea uno de tus chistes...

—Gracias, Rosie. Lo he escuchado —dije con los dientes apretados. Podía sentir el fuego en las mejillas, pero me resistía a darme la vuelta porque eso significaría dejarle ganar esta partida, sea cual sea el juego al que estuviera jugando. Además, acababa de decir que no era graciosa. Él—. Si no te importa, dile a Aaron que no creo que sea posible reírse y mucho menos entender un chiste si no se tiene sentido del humor, por favor. Nada más. Gracias.

Rosie se rascó el costado de la cabeza y me miró pidiendo clemencia. Parecía que me gritaba con los ojos: «No me hagas esto».

Abrí mucho los míos para ignorar su petición y rogarle que me siguiera la corriente.

Lanzó un soplido y volvió a mirar a mi espalda.

—Lina cree que...

—Gracias, Rosie, la he escuchado.

Estaba tan en sintonía con él (con esto) que noté el ligero cambio en su tono. Iba a usar la voz que solo ponía conmigo. Era igual de seca y fría, pero con una capa de desdén y distancia. Esa que pronto se convertiría en un ceño fruncido. No necesitaba darme la vuelta para saberlo. Siempre estaba presente cuando se trataba de mí y de esta... cosa que había entre nosotros.

—Estoy seguro de que mis palabras le están llegando a Catalina allí abajo, pero te agradecería que le dijeras que tengo que trabajar y que, por favor, no alargue esto mucho más.

¿Allí abajo? Este tío es gilipollas, además de un armario empotrado.

No soy bajita, estoy un poco por encima de la media, de la media española, claro. Mido algo más de metro sesenta, casi sesenta y cinco. Rosie volvió a fijar sus ojos verdes en mí.

—Aaron tiene que trabajar y te agradecería...

—Si... —Me detuve cuando escuché que mi voz sonaba aguda y chillona. Me aclaré la garganta y volví a intentarlo—. Si tan ocupado está, por favor, dile que es libre de privarme de su presencia. Puede volver a su oficina y seguir con su obsesión por el trabajo que, sorprendentemente, ha interrumpido para meter las narices en un asunto que ni le va ni le viene.

Mi amiga abrió la boca, pero el hombre que tenía a la espalda habló antes de que ella pudiera pronunciar una palabra.



—Bueno, ya has escuchado lo que he dicho. Mi propuesta. Así que, bien... —Una pausa. Lo maldije por dentro—. ¿Cuál es tu respuesta?

Rosie volvió a poner expresión de sorpresa. Seguí mirándola y me imaginé cómo el tono marrón de mis ojos debía estar adquiriendo un matiz rojo por la rabia.

¿Mi respuesta? ¿Qué mierda sacaba él de esto? ¿Era una nueva y creativa manera de jugar con mi mente, con mi cordura?

—No tengo ni idea de qué habla. No he escuchado nada —mentí—. Puedes decírselo. —Rosie se puso un rizo detrás de la oreja, alternando la mirada entre Aaron y yo.

—Creo que se refiere a cuando se ha ofrecido a acompañarte a la boda de tu hermana —explicó Rosie con dulzura—. Ya sabes, después de que me dijeras que las cosas habían cambiado y que tenías que encontrar a alguien (a cualquiera, creo que fueron tus palabras exactas) para que te acompañara a España y fuera contigo a la boda porque, si no, te morirías de forma lenta y dolorosa...

—Ya, ya, lo pillo. —Me apresuré a interrumpirla y sentí cómo me ardía la cara al darme cuenta de que Aaron lo había escuchado todo—. Gracias, Rosie, no hace falta que sigas con el resumen. —O me moriría de una forma lenta y dolorosa en ese mismo momento.

—Creo que la palabra exacta que has usado es «desesperada» —aportó Aaron. Me ardieron las orejas cuando lo escuché, es probable que tuvieran cinco tonos de rojo radioactivo.

—No. —Exhalé—. No he usado esa palabra.

—Tú... Lo has hecho, cariño —confirmó mi mejor amiga (bueno, mi ex mejor amiga a partir de ese momento).

—¿Qué ha sido eso, traidora? —murmuré por lo bajo.

Pero ambos tenían razón.

—De acuerdo. Bien. Lo he dicho. Pero no estoy desesperada.

—Eso es exactamente lo que diría una persona desamparada. Pero si duermes más tranquila pensando que no, Catalina...

—No es asunto tuyo, Blackford, pero no estoy desamparada, ¿de acuerdo? —Lo insulté por dentro y perdí la cuenta de cuántas veces lo había hecho esa mañana. Entrecerré los ojos—. Y duermo muy bien. Es más, nunca había dormido mejor.

¿Qué más daba sumar otra mentira a todas las que ya había dicho? Sí que estaba desamparada y desesperada por encontrar a alguien que me acompañase a esa boda. Pero eso no significaba que...

—Lo que tú digas.

Es irónico que, de todas las malditas palabras que Aaron Blackford le dijo a mi nuca esa mañana, fueran esas las que echaran por tierra mi falsa pose de indiferencia.

Esa aclaración condescendiente, aburrida y despectiva, tan de Aaron.

«Lo que tú digas».

Me hervía la sangre.

Era una reacción tan impulsiva y desproporcionada para una frase de cuatro palabras, que, dicha por cualquier otra persona, no hubiese significado nada, que no me di cuenta de que me estaba dando la vuelta hasta que fue demasiado tarde.

Debido a su altura sobrenatural, me recibió un ancho pecho cubierto por una camisa blanca y ajustada que me hizo desear apretar la tela en un puño y arrugarla porque, ¿quién va por la vida tan pulcro y planchado todo el puñetero tiempo? La respuesta es Aaron Blackford.

Recorrí los hombros definidos y el cuello fuerte con los ojos hasta llegar a la línea recta de la mandíbula. Los labios apretados formaban una línea, justo como había imaginado que harían. Mis ojos siguieron subiendo y llegaron a los suyos (de un azul que me recordaba a



las profundidades del océano, donde todo es frío y mortal) y me di cuenta de que me estaba mirando. Levantó una ceja.

—¿«Lo que tú digas»? —siseé.

—Sí. —Esa cabeza, llena de pelo negro, asintió solo una vez, sin dejar de mirarme—. No quiero perder más tiempo discutiendo algo que sé que nunca admitirás porque eres demasiado cabezota. Así que, sí: lo que tú digas.

Ese exasperante hombre de ojos azules que se debe pasar más tiempo planchando que relacionándose con otros seres humanos no me haría perder la paciencia antes de la hora del desayuno.

Mientras luchaba por mantener mi cuerpo bajo control, inhalé largo y profundo, y me puse un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Si esto es una pérdida de tiempo, no entiendo qué sigues haciendo aquí. Por favor, desaparece de mi vista... y de la de Rosie.

Para no verse involucrada en esta decisión, la señorita Traidora lanzó un ruidito distraído.

—Lo haría —dijo Aaron en un tono más conciliador—. Pero sigues sin responder a mi pregunta.

—No era una pregunta —dije, y las palabras me supieron amargas—. Lo que sea que hayas dicho, no era una pregunta. Pero eso da igual, no te necesito, muchas gracias.

—Lo que tú digas —repitió y me enervó aún más—. Aunque creo que sí me necesitas.

—Crees mal.

—Y, sin embargo, sonabas como si me necesitaras de forma desesperada. —Alzó la ceja aún más.

—Me temo que sufres un serio problema de audición porque, como ya te he dicho, lo has escuchado mal. No te necesito, Aaron Blackford. —Tragué saliva para intentar quitarme la sequedad de la

boca—. Si lo necesitas, te lo doy por escrito. O te envío un correo, lo que prefieras.

Lo pensó durante un segundo, sin ningún tipo de interés. Sabía que no me iba a dejar ganar sin pelear. Lo confirmó cuando volvió a abrir la boca.

—¿No has dicho que la boda es dentro de un mes y que no tienes acompañante?

—Puede ser. No lo recuerdo con exactitud. —Presioné los labios en una línea recta. Es justo lo que había dicho. Palabra por palabra.

—¿Acaso Rosie no te ha respondido que si te sentabas en el fondo e intentabas no llamar la atención quizá nadie se daría cuenta de que habías ido sola?

La cabeza de mi amiga apareció de golpe en mi campo de visión.

—Sí, es lo que he dicho. También le he sugerido que usara un color que no llamase mucho la atención y no el despanpanante vestido rojo...

—Rosie —interrumpí—. No me estás ayudando.

Los ojos de Aaron no vacilaron mientras continuaba su diatriba.

—¿No le has recordado a Rosie que eras la jodida (tu palabra) dama de honor y que, de todos modos, te iba a ver Dios y su madre (tus palabras textuales, otra vez)?

—Lo ha dicho —confirmó la señorita Traidora. Giré la cabeza en su dirección—. ¿Qué? —Se encogió de hombros y firmó su sentencia de muerte—. ¿Qué voy a hacer yo si lo has dicho, cariño?

Necesito nuevos amigos. Para ayer.

—Lo ha dicho —corroboró Aaron y volvió a atraer mi atención y mi mirada—. ¿Y no has dicho que tu exnovio es el padrino y que, de solo pensar en tener que verlo cuando tú eres una tonta patéticamente soltera (de nuevo, tus palabras), querías arrancarte la piel?



Sí. Es justamente lo que he dicho. Pero no pensé que Aaron fuera a escucharme. De lo contrario, nunca lo hubiera admitido en voz alta.

Pero parece que había estado ahí toda la conversación. Ahora lo sabía. Me había escuchado admitir todo eso y había decidido echármelo en cara. Y, por mucho que quisiera convencerme de que no me importaba (de que no debería importarme), el dolor seguía ahí. Me hacía sentir todavía más sola, tonta y patética.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta e intenté desviar la mirada, que posé cerca de su nuez. No quería ver qué expresión ponía. Burla. Lástima. No me importaba. No era el primero que tenía ese concepto de mí, podía vivir con ello.

Su garganta se movió. Lo supe porque era lo único que me permitía mirar.

—Estás desesperada.

Exhalé, dejando pasar el aire por los labios que mantenía presionados. Un gesto afirmativo con la cabeza: eso fue todo lo que le concedí. Y no entendí por qué lo había hecho. Yo no era así. Solía pelear hasta que mi contrincante sangrara. Era lo que hacíamos los dos. No nos preocupaban los sentimientos del otro. No era nuestra primera pelea.

—Entonces llévame. Iré contigo a la boda, Catalina.

Levanté la mirada poco a poco y me invadió una extraña combinación de cautela y vergüenza. Que lo hubiera presenciado todo ya era bastante malo, pero que, encima, ¿intentara sacar ventaja? ¿Sacar lo peor de mí?

A menos que no fuera eso lo que buscaba. A menos que hubiera otra respuesta, un motivo que explicara por qué se estaba ofreciendo para ser mi cita.

Le estudié la cara, analicé todas las opciones y posibles motivaciones, pero no logré llegar a ninguna conclusión razonable. No

encontré ninguna respuesta que me pudiera ayudar a entender por qué estaba tan empecinado en acompañarme.

Solo la verdad. La realidad. No éramos amigos. Aaron Blackford y yo apenas nos tolerábamos. Éramos crueles el uno con el otro, nos señalábamos los errores, nos criticábamos la forma de trabajar, pensar y vivir. Acentuábamos las diferencias. Incluso hubiese sido capaz de arrojarle dardos a una diana con su foto. Y estoy casi segura de que él hubiera hecho lo mismo, porque yo no era la única que conducía por la Ruta del Rencor. Era una carretera de doble sentido. Sin tener en cuenta que todo esto había sido cosa suya. Yo no era la culpable de la distancia. Entonces, ¿por qué quería ayudarme y por qué debería considerarlo?

—Puede que esté desesperada por encontrar una cita, pero no tanto —repetí—. Como ya he dicho.

—Piénsatelo. Sabes que no tienes ninguna otra opción. —Suspiró, cansado. Impaciente. Enfurecido.

—No hay nada que pensar. —Sacudí la mano. Después sonreí, imitando la sonrisa falsa con dientes de Rosie—. Preferiría llevar un chimpancé con traje antes que a ti. —Levantó las cejas, pude ver en sus ojos que mi comentario le había parecido ocurrente.

—Sabes tan bien como yo que no. Aunque algún chimpancé podría estar a la altura de las circunstancias, tu ex estará allí. Tu familia. Has dicho que querías impresionarlos y yo causaría ese efecto. —Ladeó la cabeza—. Soy tu mejor opción.

—Tú no eres mi mejor nada, Blackford. —Lancé un bufido. Era peor que un grano en el culo—. Y tengo muchas más opciones —contraataqué, encogiéndome de hombros—. Puedo buscar a alguien en Tinder. Incluso publicar un anuncio en *The New York Times*. Ya encontraré a alguien.



—¿Con tan poco tiempo? Permíteme dudarlo.

—Rosie tiene amigos. Seguro que alguno está dispuesto a acompañarme.

Era lo que tenía en mente desde el principio. La razón por la que había ido a hablar con Rosie a primera hora. Me di cuenta de que había cometido un error de principiante. Debería haber esperado y haber llevado a Rosie a un lugar seguro, lejos de Aaron, para hablar. Pero después de la llamada de mi madre... Bueno, digamos que las cosas habían cambiado, o al menos mi situación. Había llegado a un punto en que me conformaría con cualquiera. Con cualquiera menos con Aaron, claro. Rosie era de Nueva York de toda la vida, tenía que conocer a alguien.

—¿No, Rosie? Seguro que tienes algún amigo disponible. —Su cabeza volvió a aparecer.

—Marty quizá esté disponible. Le encantan las bodas.

—¿Marty no fue el que se emborrachó en la boda de tu primo, le quitó el micrófono a la banda y cantó *My Heart Will Go On* hasta que tu hermano lo bajó del escenario? —La fulminé con la mirada.

—Ese mismo. —Hizo una mueca.

—Mejor no. —No podía llevar una persona así a la boda. Mi hermana le arrancaría el corazón y nos lo serviría de postre—. ¿Y Ryan?

—Felizmente comprometido.

—No me sorprende. Es un partidazo. —Se me escapó un suspiro.

—Lo sé. Por eso os monté tantas encerronas, pero tú... —Me aclaré la garganta para interrumpirla.

—No estamos discutiendo por qué sigo soltera. —Le eché una mirada rápida a Aaron. Seguía mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Y... Terry?

—Se mudó a Chicago.

—Maldita sea. —Sacudí la cabeza y cerré los ojos un instante. Estaba andando en círculos—. Entonces contrataré a un actor. Le pagaré para que tenga una cita conmigo.

—Eso te saldrá muy caro —dijo Aaron sin expresión—. Y los actores no han estudiado para que los contraten para mentir o para que las solteras les paguen para que les hagan de acompañante. —Frunció los labios, como suele hacerlo cuando algo le fastidia.

—Entonces contrataré a un acompañante profesional. —Lo fulminé con una mirada exasperada.

—¿Preferirías llevar un prostituto a la boda de tu hermana antes que a mí?

—Estoy hablando de un acompañante, Blackford, *por Dios* —murmuré mientras veía como movía las cejas hasta formar un ceño fruncido—. No estoy buscando esa clase de servicio. Solo necesito que alguien me acompañe. Y eso es lo que hacen los acompañantes. Te acompañan a sitios.

—No es lo que hacen, Catalina. —Su voz era profunda y helada. Me juzgaba.

—¿Nunca has visto una comedia romántica? —Frunció aún más el ceño—. ¿Ni siquiera *El día de la boda*? —No respondió, pero me sostuvo la mirada—. ¿Ves películas o solo... trabajas? —Existe la posibilidad de que ni siquiera tenga televisor. Su expresión no cambió. «Dios, no tengo tiempo para esto. No tengo tiempo para él»—. ¿Sabes qué? Da igual, no te preocupes. —Levanté las manos y las entrelacé—. Gracias por... esto. Lo que sea que haya sido. Gran aportación. Pero no te necesito.

—Creo que sí.

—Creo que eres un poquito pesadito. —Pestañeé.

—Catalina. —Me miró fijamente y la forma en que dijo mi nombre

me exasperó aún más—. Estás loca si crees que vas a poder encontrar a alguien en tan poco tiempo.

Una vez más, Aaron Blackford tenía razón. Quizá estaba un poco loca. Y él ni siquiera se imaginaba la mentira. Mi mentira. Y nunca se la contaría. Pero eso no cambiaba los hechos. Necesitaba a alguien, a cualquiera, (pero no a Aaron) que me acompañara a la boda de Isabel en España. Porque (A), yo era la hermana de la novia y la dama de honor. (B), mi ex, Daniel, era el hermano y padrino del novio, y el día anterior me había enterado de que estaba felizmente comprometido, algo que mi familia me había ocultado. (C), dejando de lado un par de citas que acabaron en desastre, llevaba casi seis años soltera. Desde que dejé España y me mudé a Estados Unidos, poco después de que la única relación que había tenido me explotara en la cara. Todos los invitados lo sabían (porque no hay secretos en familias como la mía, y mucho menos en un pueblo pequeño como el que me había visto nacer) y sabía que les daba pena. Y (D), estaba mi mentira.

La mentira.

La que le di de comer a mi madre y, por extensión, a todo el clan Martín (porque, en lo que a nosotros respecta, no existen los límites ni la privacidad). Seguro que a estas alturas mi mentira ya había aparecido en el periódico local.

«Catalina Martín ya no está soltera. Por fin. Su familia se alegra de anunciar que traerá a su novio estadounidense a la boda. Estáis todos invitados a venir y presenciar el milagro de la década».

Porque eso era justamente lo que había hecho. Justo después de que la noticia del compromiso de Daniel saliera de los labios de mi madre y me llegara a los oídos, a través del auricular del teléfono, dije que yo también iría con alguien. No, esas no fueron mis palabras. Dije (mentí, engañé, declaré en falso) que llevaría a mi novio.

Quien, técnicamente, no existía. Todavía.

De acuerdo, quizá no lo haría nunca. Porque Aaron tenía razón. Encontrar a alguien en tan poco tiempo era una tarea imposible. Creer que alguien aceptaría fingir ser mi novio probablemente era una locura. Pero ¿admitir que Aaron era mi única opción y aceptar su oferta? Eso directamente era un delirio.

—Veo que empiezas a procesarlo. —Las palabras de Aaron me llevaron de vuelta al presente y vi que me observaba con esos ojos azules—. Te dejaré en paz para que termines de entrar en razón. Avísame cuando hayas acabado.

Apreté los labios y volví a sentir el calor en las mejillas. ¿Tanta pena le daba que se había ofrecido a acompañarme? Me crucé de brazos e intenté evitar su mirada implacablemente azul.

—Oh, se me olvidaba, ¿Catalina?

—¿Sí? —dije con suavidad.

Puaj, patética.

—Intenta no llegar tarde a la reunión. Ya no tiene gracia.

No pude evitar mirarlo, un bufido se me atascó en la garganta.

Imbécil.

Juré, en ese lugar y en ese momento, que algún día encontraría una escalera lo suficientemente alta como para subir y arrojarle un objeto contundente directamente a esa cara tan odiosa que tenía.

Un año y ocho meses. Ese era el tiempo que llevaba aguantándolo. Llevaba la cuenta de mi condena.

Entonces, con un simple movimiento de cabeza, se dio la vuelta. Vi cómo se alejaba hasta próximo aviso.

—Eso ha sido... —Escuché la voz de Rosie, pero no acabó la frase.

—¿Una locura? ¿Insultante? ¿Raro de narices? —arriesgué con las manos en la cara.



—Inesperado —dijo—. E interesante.

La miré por entre los dedos y vi que se le curvaban los labios en una sonrisa.

—Te revoco todos tus derechos de amistad, Rosalyn Graham.

—Sabes que eso es mentira —dijo entre risas.

Tenía razón. En la vida se desharía de mí.

—Así que... —Rosie enroscó su brazo con el mío y me arrastró por el pasillo—. ¿Qué vas a hacer?

—No... No tengo ni la más mínima idea —dije con la voz temblorosa, usando toda la energía que me quedaba.

Pero sí estaba segura de algo: no aceptaría la oferta de Aaron Blackford. No era mi única opción y, sin lugar a duda, tampoco era la mejor. De hecho, no era nada. Y menos mi pareja para la boda de mi hermana.